

# Testimonio de Yasuaki Yamashita

Yasuaki Yamashita Testimony

*Resumen:* Yasuaki Yamashita tenía seis años cuando el 9 de agosto de 1945 fue lanzada la bomba atómica sobre la ciudad de Nagasaki. A partir de ese día, los sufrimientos de él y de su familia por las terribles consecuencias de la explosión y de la radiación posterior no han terminado del todo. Yamashita describirá con detalle los días posteriores a la explosión de la bomba. Actualmente Yasuaki se ha convertido en un luchador por la paz y contra el uso de las armas nucleares.

*Palabras clave:* Nagasaki, bomba atómica, radiación.

*Abstract:* Yasuaki Yamashita was six years old when the atomic bomb was launched on the city of Nagasaki in August 9th of 1945. Yamashita and his family suffered the terrible consequences the bomb had in Japan, additionally to the lifelong consequences of being exposed to radiation. Yamashita describes in detail the days after the explosion of the atomic bomb. Yasuaki has dedicated his life to the fight for peace and against the use of nuclear weapons.

*Keywords:* Nagasaki, atomic bomb, radiation.

**m**i nombre es Yasuaki Yamashita, nací en la ciudad de Nagasaki en el año de 1939. Para mí, como *hibakusha* (sobreviviente de la bomba atómica), es muy importante platicar y compartir mi experiencia con todas las personas del mundo, para que ninguna de ellas sufra lo que la gente de mi ciudad padeció.

Los sufrimientos de los *hibakusha* no se circunscriben únicamente al momento de la explosión ni a los terribles días que vivimos posteriores al lanzamiento de la bomba. El desconsuelo nos persigue después de 70 años de su lanzamiento. Seguimos padeciendo tanto mentalmente como físicamente. No sé hasta cuándo tendremos que hacerlo. No queremos que ninguna persona inocente padezca lo que nosotros hemos vivido como consecuencia del uso de cualquier arma nuclear.<sup>1</sup>

El destino de la ciudad de Nagasaki cambió por completo el 9 de agosto de 1945, lo mismo que el de nosotros. Ese día el avión estadounidense que despegó llevando la bomba que se nombró como Fat Man (hombre gordo) y que pesaba 4.5 toneladas se dirigió a la ciudad de Kokura. Cuando sobrevoló por esa ciudad, no tuvo muy buena visibilidad, debido a que había recibido un ataque aéreo hacía un par de días y estaba todavía incendiada. De este modo, el piloto decidió volar hacia la ciudad de Nagasaki y deshacerse de la bomba, pues tenía que hacerlo de cualquier manera, porque no podía regresar a la base de donde había despegado con semejante carga; la bomba pesaba tanto que no tendría suficiente combustible para poder retornar.

La ciudad de Nagasaki tenía muy buen tiempo, pero el blanco en el que pensaban tirar la bomba no tenía suficiente visibilidad. El avión estuvo sobrevolando la ciudad de Nagasaki y cuando vio una fábrica de

<sup>1</sup> El número total de muertos civiles en Hiroshima y Nagasaki en el momento del lanzamiento de las bombas atómicas no se sabe con exactitud. Las estimaciones oficiales señalan que, durante las explosiones y en los días posteriores, en Hiroshima fallecieron 140 000, y en Nagasaki 70 000, aproximadamente.

armamentos decidió lanzar la bomba, justo a las 11:02 de la mañana. La bomba lanzada era de plutonio, mucho más potente que la de Hiroshima, que era de uranio.

En ese entonces yo había cumplido seis años de edad. Mi familia vivía a dos kilómetros y medio del centro de la ciudad. Ese día habíamos escuchado como tres veces la sirena de emergencia, la cual avisaba de un posible ataque aéreo y en ese momento nos teníamos que refugiar en algún lugar. La ciudad de Nagasaki era el paso hacia otras, por lo que pensamos que no pasaría nada. De manera cotidiana yo iba con mis amigos



Yasuaki Yamashita a la edad de seis años, poco antes del lanzamiento de la bomba atómica. Colección de Yasuaki Yamashita.

a la montaña cercana para cazar insectos (como cigarras y libélulas), que era nuestro entretenimiento favorito, porque no teníamos ningún juguete. Ese día no recuerdo por qué no asistí con mis amigos y me quedé solo, jugando frente a mi casa. Mi madre estaba preparando la comida de medio día y un vecino nos avisó que un avión misterioso estaba volando sobre la ciudad, por lo que debíamos tener cuidado. En ese momento mi hermana, que se encontraba dentro de la casa, nos dijo:

—¡Mamá, mamá, están anunciando en el radio que tenemos que cuidarnos porque está volando un avión!

Mi madre entonces me llamó a casa y nos ordenó que nos metiéramos al refugio que se encontraba debajo de la casa. Debido a la guerra, todos los hogares japoneses tenían un refugio particular, un pequeño agujero abajo del piso al que debíamos de ingresar en caso de no tener suficiente tiempo para ir al refugio de la comunidad en la montaña. Mi madre tomó mi brazo y al momento de entrar a la cocina una luz tremenda, como si fueran mil relámpagos que aparecieran al mismo tiempo, nos cegó por completo. Mi madre me jaló al suelo, me cubrió con su cuerpo, y oímos un ruido ensordecedor. En el suelo sentimos que estaban volando muchas cosas encima de nosotros. Pocos segundos después un enorme silencio nos envolvió.

Cuando nos recuperamos del estruendo y la intensa luz que nos cegó, vimos que las ventanas, las puertas y los tejados habían desaparecido. Gateando llegamos al agujero donde estaba mi hermana; ella estaba llorando. Mi madre le preguntó:

—¿Qué te pasa?

Ella le contestó:

—Mamá, parece que me cayó el aceite en la cabeza.

En esos días había un rumor de que el ejército de Estados Unidos iba a utilizar una bomba química que consistía en el lanzamiento de un aceite. Sin embargo, como no podíamos ver porque

estábamos totalmente a oscuras, no nos percatamos de las heridas de mi hermana.

Estuvimos en el refugio de la casa entre 10 y 15 minutos hasta que mi madre decidió llevarnos al refugio del barrio. Cuando salimos a la luz, la cabeza de mi hermana estaba cubierta de pedazos de vidrio, se estaba desangrando. Mi madre entonces con mucho cuidado fue quitando todos los pedazos y limpió la sangre.

Es necesario mencionar que mi hermana entonces tenía 13 años y usaba una prótesis muy pesada e incómoda en su pierna. Cuando tenía 5 años, le habían amputado la pierna por un accidente. Ella sufría mucho, pues no podía caminar normalmente, por lo que tampoco acudía a la escuela. Al no asistir a la escuela, tenía que colaborar con su trabajo en una fábrica de armamentos.

Cuando nos fuimos al refugio de la montaña, en ese momento ella corrió mucho más rápido que nosotros, esa fue la última vez que la vi actuar como gente normal. Me imagino que el miedo la hizo reaccionar de esa manera. Al llegar al refugio, nos encontramos con muchos vecinos. Todo el mundo estaba asustado, no sabíamos en realidad qué había pasado; hacía sólo tres días que habíamos escuchado acerca de la destrucción de Hiroshima. Sabíamos que lo había sido por una bomba muy poderosa, sin saber aún que era un arma atómica.



La ciudad de Nagasaki, semanas después de haber sido lanzada la bomba atómica.

Poco después llegaron mis amigos, que habían ido a la montaña a cazar insectos. Uno de ellos tenía una quemadura en su espalda, una enorme quemadura que lo hizo sufrir días y noches, pues no se le pudo hacer absolutamente nada, al no haber médicos, enfermeras ni medicamentos. Mi amigo murió con grave sufrimiento, su quemadura estaba infectada de gusanos. Nosotros sufrimos también al escuchar sus lamentos, sin nada que pudiéramos hacer, desgraciadamente.

Desde la montaña observamos la ciudad de Nagasaki en llamas; se extinguía lentamente. Tampoco pudimos hacer nada para salvar nuestra bella ciudad.

En los días siguientes llegaron más padecimientos, cuando se presentó el hambre; no teníamos nada que comer, estábamos muertos de hambre. No teníamos lugar a donde ir para conseguir algo que comer. Antes de la explosión, las autoridades de la ciudad proporcionaban un poco de alimento, pero después no había ni un solo grano de arroz. ¡Estábamos realmente muertos de hambre!

Ante esta situación, mi madre decidió llevarnos al campo, con algunos familiares que teníamos. Creíamos, equivocadamente, que por esos lugares todavía podría haber algo de alimentos. Para trasladarnos, tuvimos que caminar cerca del epicentro de la explosión. La ciudad continuaba quemándose, destruida por completo. ¡No había ni una sola construcción que se pudiera ver! ¡Todo estaba en ruinas! Llegamos al campo, pero el alimento no era suficiente, entonces tuvimos que regresar.

Mi padre fue convocado inmediatamente después de la explosión para ir al epicentro e intentar limpiar la zona. Mi padre nos contaba todos los días la gran cantidad de cadáveres que había en ese lugar. Lo único que podía hacer

era apilarlos y quemarlos. Meses después él también moriría a consecuencia de la radiación.

Tratar de restablecer la vida normal fue muy difícil en esas condiciones de destrucción total. Teníamos que hacer viajes al campo todos los días para conseguir algo de alimento. En ese entonces el dinero ya no servía, se tenía que llevar algo valioso, como joyas o kimonos preciosos para intercambiarlos por algo de comida.

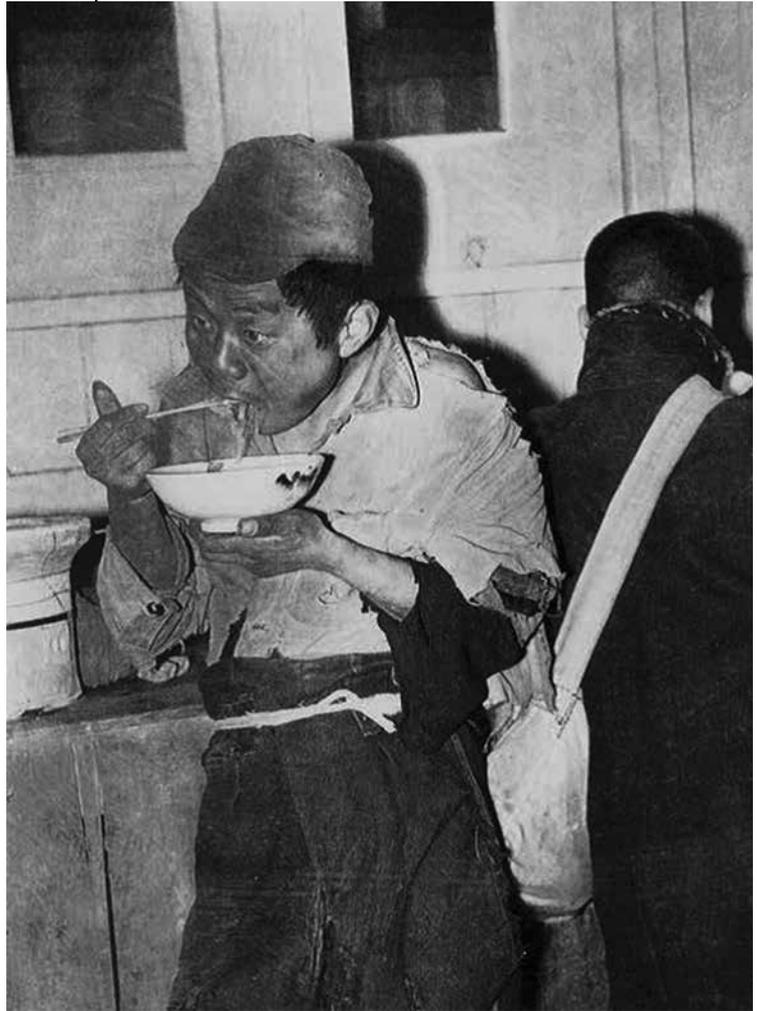
Así transcurrieron todos los meses siguientes de ese terrible año. En la primavera de 1946 comencé a estudiar en la escuela primaria. La educación ya no era militarizada, se había transformado completamente.

Lo que no había cambiado era la enorme hambre que teníamos. Muchos niños no tenían absolutamente nada que comer. Un día recibimos un alimento maravilloso, digo maravilloso porque consistía en galletas, leche en polvo y ciruelas pasas. Como estábamos muertos de hambre, nos pareció un alimento glorioso, caído del cielo. Los alumnos preguntamos al maestro quién nos había enviado ese alimento tan maravilloso. El maestro nos informó que lo habían traído los soldados estadounidenses, que eran parte del ejército de ocupación. Ellos tampoco sabían de la radioactividad que persistía aún en las ciudades de Nagasaki e Hiroshima. Algunos soldados compartían sus alimentos con nosotros, pero no eran todos. En ese momento, les dijimos a los soldados ¡muchas gracias, muchas gracias!<sup>2</sup>

Años después, cuando terminé mis estudios de preparatoria, comencé a trabajar. Fue en ese entonces cuando se empezaron a manifestar en mi cuerpo las consecuencias de la radioactividad a la que fui expuesto. Sufría de intensas hemorragias, por lo que me hicieron muchísimos estudios. Sin embargo, los médicos no eran capaces de diagnosticar lo que me estaba pasando. Esta situación me impidió trabajar normalmente, ya que tenía que cambiar de un trabajo a otro porque cada seis meses se presentaban las hemorragias que hacían que me desmayara en la calle, en el restaurante, en el teatro, donde me encontrara. No sabía cuándo se podían presentar los sangrados, que me obligaban a pasar varios días convaleciente.

En ese entonces, no se sabía a ciencia cierta —o se estaba ocultando— que todos los sobrevivientes

<sup>2</sup> La carencia de alimentos no se presentó en realidad al final de la guerra, pues el alimento fue escaseando poco a poco a lo largo de los años. A partir de 1946, debido a las malas cosechas que se presentaron en Japón y a que anteriormente el consumo total de arroz provenía en casi una tercera parte de las colonias japonesas, la hambruna generalizada se tornó en una de las consecuencias inmediatas de la derrota. Ante esa situación, las autoridades de ocupación, encabezadas por el general Douglas MacArthur, pusieron en marcha un programa de importación masiva de alimentos.



La hambruna fue uno de los más graves problemas en los primeros años posteriores a la guerra.

padecíamos de algún mal por la radioactividad, por la intensa cantidad de radioactividad a la que fue expuesta nuestra ciudad. ¡Nadie quería hablar de eso, ni el gobierno quería informar! Durante la ocupación de Estados Unidos llegaron investigadores y médicos para estudiar qué efectos tuvo la explosión sobre la población.<sup>3</sup> Los médicos tomaron muchas muestras de sangre, tomaron muchas fotografías, hicieron muchos estudios, pero nunca se compartió esa información con el gobierno japonés.

En el año de 1954, en el atolón Bikini, ubicado en la Micronesia, las fuerzas armadas estadounidenses realizaron una prueba de bomba de hidrógeno. En

<sup>3</sup> El ejército estadounidense ingresó a Japón el 15 de agosto, después de la rendición incondicional. La ocupación terminó en 1952.

ese lugar se encontraban pescadores japoneses, por lo que uno de los barcos quedó bañado de cenizas y lluvia negra.<sup>4</sup> A su regreso a Japón, los pescadores empezaron a morir sin saber qué estaba pasando. Aparentemente no tenían nada, se veían muy sanos, pero se morían.<sup>5</sup>

Además de la enfermedad y la tristeza que cargábamos los sobrevivientes, empezamos a padecer otro terrible mal: la discriminación. Con los casos que se conocían y la desgracia de los pescadores del atolón Bikini, la población empezó a adquirir más conciencia sobre los efectos de la radiación y, con ello, un gran temor hacia los sobrevivientes de la bomba. Mucha gente consideró incluso que se podría contagiar de alguna enfermedad al acercarse a un *hibakusha*. Muchos casos se descubrieron de gente aparentemente sana, pues cuando se casaron, los hijos nacieron con deformaciones, situación que provocó numerosos casos de divorcio. Muchas mujeres no pudieron soportar esa discriminación y se suicidaron.

En el año de 1960, mi salud mejoró notablemente, por lo que comencé a trabajar en el Hospital de la Bomba Atómica de la ciudad de Nagasaki. En ese lugar estuve muy cerca de los sobrevivientes y me percaté en carne propia de cómo se estaban muriendo. La gran mayoría padecía leucemia (cáncer de sangre) y otros tipos de cáncer. Vi en el hospital muchos casos de niños que nacieron con problemas debido a que las mujeres que fueron afectadas por la radioactividad procreaban bebés con un desarrollo anormal del cerebro. Muchos niños nacieron con la cabeza muy pequeña o con ciertas deformaciones. Por estas circunstancias muchas personas evitaron casarse con sobrevivientes de la bomba, lo que sucedió con mujeres y hombres por igual.

<sup>4</sup> El 1 de marzo de 1954, el barco atunero *Daigo Fukuryu Maru* se encontraba lejos de la zona de exclusión que el gobierno estadounidense había determinado para realizar la prueba nuclear. La contaminación, sin embargo, se extendió más allá de esa zona debido a la potencia mal calculada de la bomba; por lo tanto, las cenizas cayeron sobre el barco y se pegaron en la piel de sus 23 tripulantes.

<sup>5</sup> El pescador Aikichi Kuboyama murió siete meses después de recibir la radiación, a la edad de 40 años. Antes de morir rogó por ser la última víctima de una bomba atómica.



Yasuaki Yamashita afuera del Hospital de la Bomba Atómica de Nagasaki. Colección Yasuaki Yamashita.

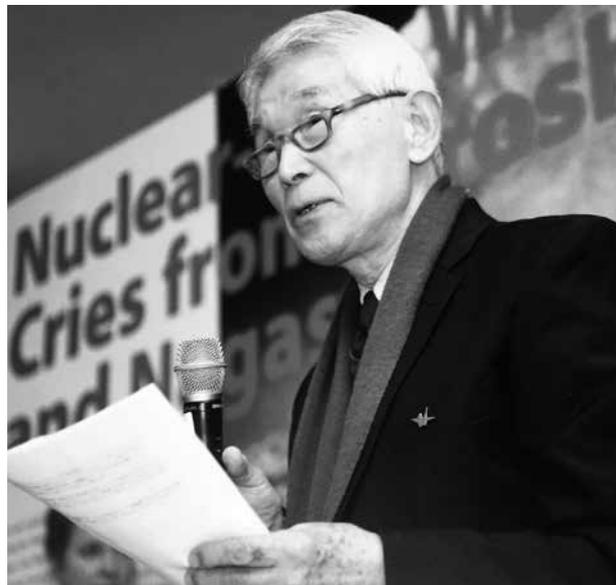
Cuando comencé a trabajar no quería pensar que era un sobreviviente de la bomba atómica, inconscientemente no aceptaba que era un *hibakusha*, con todo lo que ello significaba. Esta idea se vio reforzada cuando un joven, más o menos de mi edad, se presentó al hospital y requirió una transfusión de sangre del tipo de la mía. El médico me solicitó que le donara sangre, por lo que a partir de entonces tuve un contacto más estrecho con el joven. Pocos días después, le empezaron a aparecer manchas en todo el cuerpo y murió. Desde ese momento pensé que mi futuro era semejante al de él. Me podía morir esa misma mañana, o pasado mañana, o no sé cuándo, pero sentía que me sucedería seguramente algo parecido. Esa imagen del muchacho, que no me desaparecía de la cabeza, y el

sufrimiento de los enfermos del hospital, me impedían seguir trabajando pues no dejaba de sentir gran pena y dolor. ¡Era un sufrimiento seguir trabajando en el hospital! Decidí entonces salir de éste, para ir a un lugar en donde nadie me conociera, tenía que esconderme, quería ocultar mi identidad.

En esos años se me presentó la oportunidad de venir a México; con gusto lo acepté y renuncié a mi trabajo. Llegué a México en 1968, estuve trabajando hasta terminar las Olimpiadas que se celebraron en ese año como traductor de la delegación de deportistas de mi país. Hacía muchos años antes que estudiaba el español debido a mi interés en la cultura y la historia de México. Me quedé en México y comencé a tener el mismo problema hemorrágico, me desmayaba en cualquier parte de la ciudad. En ese entonces tenía un amigo mexicano muy querido, le comenté que era sobreviviente de la bomba atómica y me llevó con un médico en la Ciudad de México que opinaba que, después de tantos años no era posible el efecto de la radioactividad.

Así pasó el tiempo y en 1995 el hijo de mi amigo me pidió que diera una conferencia sobre mi experiencia como sobreviviente de la bomba atómica. En un principio me negué rotundamente, pero al final accedí. Fue muy doloroso estar contando lo que había vivido, pero cuando terminé de platicar sentí un gran alivio, el dolor estaba presente, pero lo había compartido. Entonces me dije en ese momento: ésta es mi terapia, tengo que platicar mi experiencia, compartirla con la gente. Desde ese entonces, cada vez que tengo oportunidad platico lo que yo viví como sobreviviente de la bomba atómica. Cada año doy conferencias a donde se me invita, anualmente voy a Nueva York y visito las escuelas de nivel preparatoria y comparto mi dolor con el fin de que nunca más sea lanzada otra bomba, y que las 17 000 cabezas de armas nucleares que, se dice, existen en todo el mundo, sean destruidas.

En este momento, en este instante, podría ser lanzada una bomba nuclear. Por lo tanto, yo y otros



Yasuaki Yamashita en Nueva York, durante una conferencia en la ONU contra el uso de las armas nucleares. Colección Yasuaki Yamashita.

*hibakusha* que aún vivimos estamos promoviendo la total prohibición de armas nucleares. No necesitamos armas nucleares para nada, no sirven para nada.

En la guerra nadie gana. La gente común y corriente es la que más sufre. En la guerra todo mundo pierde. Por favor, pido a todos ustedes que esta experiencia que conocen la compartan con su familia, con los amigos, con los hijos, para que nunca jamás se presente. Si usted tira una piedra en el agua la onda se expande, por pequeña que sea. Una voz puede expandirse y transmitir el sentido de la paz. La paz es muy necesaria para todos nosotros, la vida es muy bella, nosotros no deseamos que esa vida de ustedes sea destruida en un segundo. Una sola fuerza es muy pequeña, pero, uniendo todas las fuerzas dispersas, algún día podremos tener paz en el mundo. Eso es el deseo de todos los *hibakusha*. Así que corran la voz, que la paz es muy necesaria, hay que construirla, pero para eso cada uno de nosotros tenemos —antes que nada— que sentirla interiormente y luchar por ella todos los días.